

## CRONICA DEL COLEGIO

Esta vida del internado, al par que de exquisitas dulzuras que buen aporte de anotaciones traerían a mi presente crónica, sembrada está en su rigor de contrariedades múltiples a que, por voluntaria dependencia, se halla sujeta nuestra juventud.

En mi lista de incomodidades figura, antes que todas, la hora imprudente de la levantada. Si algún puntillo de rubor no me amenazase, pediría yo para ella un aplazamiento en ciento veinte minutos. ¿Acaso esta pública confesión me acarree el dictado de perezoso? No lo espero porque cumplido testigo tengo en el señor Prefecto para afirmar que soy de los alumnos madrugadores. Bien sabe el doctor Posada que cuando él llega al dormitorio con su alegre tamboreo sobre los baúles yo estoy sometido a las torturas del agua fría.

Y en algo habría de ser modelo ya que no lo he podido en el quedo hablar, tan peculiar de esta altiplanicie, ni en la grave compostura, ajena a la juventud, menos aún, en incrustarme en la cabeza, como alfileres, los teoremas de la cosmografía o las jugosas páginas de la apologetica.

Lejos de mi asentar que la madrugada sea placentera. Rápida contradicción sufriría con ello mi segundo párrafo y unos cuantos condiscípulos me fruncirían el ceño por mentiroso. Pero sí puede convertirse en llevadera. Al fin y al cabo, levantarse a hora es menos pesado que permanecer hasta las doce sin desayuno.

El baño es de gran lenitivo para aquella contrariedad. Sin diploma médico alguno, que jamás me regalarán mis inclinaciones, aconsejo tan benéfica medicina a mis amigos y a aquellos que no lo sean y la receto a los afectados oportunamente de los riñones y a las víctimas casuales del reumatismo. El baño infunde vida, mata de un solo golpe la negligencia, rebosa el alma de buen humor y la voluntad de entusiasmo para el trabajo. Por él me excedo



yo en alegría, y tanto, que a ratos me pregunto con inquietud si acaso me haya acostumbrado en mis años, peleados a largos días con los trece, a mirarlo todo color de rosa, si tal vez la existencia no me ofrece amarguras y sinsabores o si alcanzan razón quienes supongan cándidamente que tengo envergadura para fraile ya que, por mi satisfacción casi permanente, podría decirse que la vida de recluso llena mis ambiciones.

A pesar de todo, y aun cuando no aparecen en el calendario, para mí como para todo estudiante existen días propicios a la neurastenia. Son ellos los que el vulgo adjudica a los zapateros. Y más que a la neurastenia—estado de alma aristocrático y oportuno que muchos condenan por el pesar de no poseerlo, y otros, teniéndole, por el despecho de no saberlo lucir—los lunes incitan a un católico sentimiento de dolor y amargura por la muerte del domingo, al pensamiento fijo de una semana de encierro, dulce manera de llorar al difunto y esperar su resurrección. Sepan esto los bondadosos profesores para que aviven en su corazón el encanto de la indulgencia.

Así desmedido en alegría, mi buen genio suele recibir bautizos inexplicables. Con terquedad rayana en impertinencia dícese por estos claustros que mi sangre está envenenada. Invócanse para ello argumentos capaces por sí solos de convencer al más incrédulo. Quién exhibe mi locuacidad como distintivo de mal carácter sin comprender, el muy suspicaz, que a buena herencia tengo de mis generosos tatarabuelos tan significativa virtud; achácame otro a pésimos hígados las explosiones de entusiasmo y contento con que acostumbro endulzar la monotonía del enclaustramiento y no falta un tercero que en mi delgadez incorregible se inspire para calificar de voluble mi acreditada inalterabilidad. Advierto a tan fino psicólogo que jamás ofenderé mi nombre con un nuevo apellido que traicione el grácil corte de mi constitución.

Y no paran allí los juicios que sobre mi variable estado de ánimo se adelantan. Dícelo así un episodio, muy

hijo de esta vida del internado. Ignorante quizá de mi indiscreción, acercóseme resueltamente cierta mañana algún compañero a contratarme, con simpático descaro, como tema de estudio para una tesis de clase sobre el desdoblamiento de la personalidad. Con atención de asombro, quizá de fingida ira, quedéme mirando al amigo que tan galantemente me insultaba y no tuve para él otra fina correspondencia que una sonora carcajada. A nada más prestábase el desacato. Ocurrir a los golpes resultábame descomedido y optar por un desafío a duelo era exponerme al ridículo que reporta tal juego excluido de sus programas deportivos por el señor Vicerrector. La risa es el más elocuente agradecimiento por determinados favores. La risa es en incontables veces nuestra sabia consejera. Entre carcajadas mueren mansamente nuestros pesares y entre ellas, también, viven y se perpetúan nuestras amistades que en este Colegio las hay perfectas con toda la perfección que la humanidad soporta. Cada una tiene sus matices y sus encantos. Esta para lo alegre; aquella para lo serio; a las confidencias invita aquesa, y esotra se pierde en lo fraternal. Todas, es cierto, respiran generosidad y grandeza y si alguna tales dotes no exhibe vale mejor no poseerla, que esa es mi práctica.

Al hablar de las amistades vuélveme a la cabeza el elogio que de los corrillos hiciera yo el año pasado. Y bien justo fue él, a la verdad. Si lo intentara nuevamente mi sinceridad prestaría gracia a la perdida originalidad.

Yo que, impulsado por mi natural modo de ser, con todo el mundo necesito tratarme, tengo en el Colegio —como todos mis compañeros—amigos de preferencia y un círculo de predilección. A unos y a otro débole horas inolvidables en las que alienta siempre la alegría y hace peculiares derroches la juventud. Entre los primeros están mis paisanos, expansivos y generosos, que unen a sus personales dotes el recuerdo de mi amada tierra para santi-



ficarme el espíritu. Con ellos hago vivir frecuentemente el calor del Valle en medio al frío inmiscricorde de Bogotá; con ellos pongo en función una película íntima por la que Buga, Cartago o Cali van apareciendo con sus atractivos, sus afectos, sus hombres y sus leyendas; con ellos me forjo planes y me trazo programas impracticables; con ellos también en momentos de incontenible entusiasmo recito a voz en cuello poemas por donde corre el Cauca, vuelan las garzas y luce la magnificencia de ese rincón privilegiado. Como amigos, adjúntanse a mis paisanos condiscípulos de otras regiones, leales camaradas a cuyo aplomo se acoge frecuentemente mi atolondramiento para serenarse en trascendentales charlas de las que ni la crítica huye ni el buen sentido está ausente.

Y hablando de mi círculo he de decir que en él hacen acertada unión, con el Valle, la Costa y la altiplanicie. Para sus sesiones ofrécele familiar lugar el quicio de una puerta, tan frecuentado, que bien pudiera pensarse en un sitio de su propiedad. Con tal grupo la cordialidad se pasea a gusto entre comentarios, decires y sugerencias; en él la discusión jamás se entremete y nunca asoma por él la rencilla. Sólo susceptibilidades imprescindibles o pasajeros desacuerdos logran separar a sus miembros por breve tiempo para volverlos luégo a la misma amistad franca, desinteresada y noble.

¡Dáale con la amistad! ¿Y cómo olvidarla? Ella endulza la existencia y la colma de satisfacciones y consuelos! Díjérase un bálsamo redentor que Dios derrama sobre el mundo para dignificarlo.

Cuando adelantemos un año y la vida nos vaya lanzando todos sus guijarros, escondido en el fondo del alma, como joya preciosa, palpitará el recuerdo de nuestros días de Colegio. Entonces, libres ya de asperezas y contrariedades, revestidos solamente de la dulzura de sus horas, cobrarán ellos un tinte de indecible belleza.

Y dedicaremos largos ratos a su reconstrucción; pondremos a tintinear con alegre sonido la campana que

hoy, muchas veces, nos fastidia y enoja; haremos pasar por el lienzo de nuestra memoria el claustro con sus arcadas reverentes y sus mármoles elocuentísimos. Cada sitio nos contará una amable historia y cada ladrillo nos señalará un paso inolvidable. Se extenderán nuevamente a nuestros ojos esas aulas de tanta recordación, donde el irrespeto manejaba en ocasiones nuestra conducta, donde el tablero nos asustaba con su obscuridad y el profesor atraíanos tardíos aplausos con sus elogios, frecuentes bur-las con sus correcciones y enrojecimientos repetidos con sus exámenes y regaños.

Conmoverán otra vez nuestro espíritu aquellas escenas que en su momento nos impresionaron tan hondamente. Volverá con su sentido de grandeza la abnegación de ese amigo que, en una noche de frío riguroso, se deshace de sus propias mantas para pasarlas al condiscípulo enfermo que carece de ellas. ¡Demasiado hidalga la acción y altamente cristiana ella para que el tiempo logre borrarla de mi ánimo! Resucitará el recuerdo luctuoso de un compañero a quien la desgracia, en víspera de vacaciones, anuncia, despiadada, la muerte del padre. El valor de aquel muchacho, la resignación de que nos diera ejemplo, servirán, en ese futuro, de aliento en nuestros padecimientos, y avivará, a través de los años, por ese estudiante amigo nuestra admiración y nuestra estima. Retornarán nuevamente a nuestra memoria las horas de repartición de correspondencia en las que todas las emociones se conjugan y florecen todas las esperanzas; la alegría de esos ojos que devoran la maternal misiva brillará con insistencia en nuestra mente y languidecerá también en su desilusión el rostro del estudiante que se quedare en espera de la carta anhelada. Repetirán su amor y su desprendimiento las semanas del mes de mayo que dejan campo a cada rosarista para depositar en honor de su Patrona, la Bordadita, una minúscula limosna. Sacrificase entonces la función de cine, échase en olvido el interesantísimo «chico» de billar, para con esos centavos, que



en veces saben convertirse en pesos, contribuir al festejo de la Madre del cielo. Si eso no es nobleza, si eso no es sacrificio, ¿cómo, pues, podrá llamarse?... Y en mayo también resonará a nuestros oídos, cada sábado, la alegría nocturna del Colegio cuando la algazara insultaba a la severidad del claustro, las cuerdas retozaban armoniosamente y las cadencias del valse, el desmadejamiento del tango o la desenvoltura de la rumba imponían su apetitoso ritmo. Allí el entusiasmo hacía fiestas y se cargaba de atractivos la vida de familia que es el internado.

¿Qué decir de esos remates de semana, de esas hermosas tardes sabatinas en las que todo tenía color y gracia: ilusión la afeitada, donaire la cara del sastre y beatitud de acreedor desesperanzado el rostro del zapatero? En culto de cariño mantendría esas horas la memoria de quienes, al disfrutarlas, no hemos podido resignarnos a su desaparición. Con la muerte de esos «Weed-Kends» tradicionales huyó del internado cierta íntima poesía, cierto especial encanto que nunca podrá reemplazarnos la monotonía de los Barrios Unidos con toda su fría sonrisa,

Punto final reclama ya este escrito. A él hubiese accedido inmediatamente si no me impusieran su anotación comentarios imprescindibles en la crónica de nuestro vivir.

Este Colegio, cuna de la República y casa indiscutible de la democracia colombiana, parece llenar con su admiración y cariño el pecho de los distinguidos viajeros a la capital. Como que el Rosario alienta una vida tan única que a su calor vienen a desentumecerse, siquiera por breves horas, quienes rechazan la frivolidad ambiente en este siglo de nuestro orgullo. Como que en pueblos extranjeros, el colombiano que en cada uno de ellos ha sembrado simpatías y hechos, dejó también grabadas las glorias de este plantel, donde seguramente se educara, porque es común registrar en los entusiasmos de embajadores el sincero afecto por la casa del dominico. ¿No nos lo dijo así el primer grito de José María Velasco Ibarra, al expres-

sar con frase sencilla e íntima su profunda complacencia al ser huésped en el claustro donde Caldas, peregrino de ideales en otro tiempo por tierras ecuatorianas, educó su inteligencia y su carácter?... ¿No nos lo afirma la escogencia de nuestra Aula Máxima por un plenipotenciario venezolano como sitio a propósito donde la Sociedad Bolivariana condecorase al amigo de Colombia y Presidente electo de la República del Pichincha?

¡Qué bien sonaba entonces de labios de un futuro mandatario suramericano, la voz de aplauso a la madre España en nuestra sala de actos que preside, en efigie, el fraile que de España nos vino a fundar esta soberbia institución que hoy nos cobija! Esto, al tiempo casi en que una revista hispana rendía tributo de veneración al Colegio del Rosario, foco de acción del sabio gaditano.

La visita del señor Velasco debe aparecer en nuestros fastos con caracteres inconfundibles. Ella, más que a una regla de cortesía, correspondió al irresistible impulso del decidido propagador del bolivarianismo por pisar y sentir esta casa de sus preferencias.

No podrá pasar sin apunte el loable intento de restablecer en este Colegio las conferencias culturales. Labor tan encomiable implantóse para Bogotá en esta casa. Aquí con Carrasquilla, cobró vida e interés, y descuidada por no me importa qué causas, pasó con caracteres de novedad a ser el atractivo y la nombradía de más recientes centros. Hoy reaparece entre nosotros. Que tales conferencias alcancen la distinción y el prestigio de que otro tiempo gozaba nos lo asegura la selecta lista de oradores, entre letrados y hombres de estudio, que en manos de nuestros superiores reposan. ¿Y no será para su esplendor un vaticinio favorable esa culta y deleitosa charla, desprovista totalmente por su autor del título de conferencia, con que el doctor Julio H. Palacios nos regaló en una tarde de mayo? En ella, entre anécdotas y documentos que sobre Núñez y su obra desenvolvió don Julio, se as-



piraba un suave aliento de cariño por este claustro y de admiración por su gloriosa historia.

Y como de sección cultural he hablado vaya mi sincero saludo de congratulación para esos rosaristas estudiantes del Derecho, que con su ahínco y fervores han dotado a nuestra Facultad de una Academia jurídica, digna por sus miembros y propósitos de aplausos y votos de ventura. En dicha sociedad, con la voz temblorosa de quienes apenas ensayan sus fuerzas de exposición, hemos escuchado la autorizada y amena palabra del señor ministro del Ecuador y el verho encendido y lleno de juventud de amigos nuestros, listos ya para aventarse a la vida profesional.

Enojárase, y de veras, el señor Vicerrector, si antes de cerrar esta crónica no dedicase yo un párrafo a los deportes. Tal injusticia no reza con mi caballerosidad. Por eso, lectores, aquí tenéis a este cronista calumniado como enemigo de la raqueta y el balón llenando el final de su escrito de clamorosos hurras para los bravos jugadores que con sus triunfos admirables han dado al Colegio Mayor un nuevo prestigio. Tal conquista obra exclusiva es del señor Vicerrector, incansable animador y sostén poderoso de la vida deportiva en el Rosario.

De que yo sea antideportista muy fácil es probar lo contrario!

Nunca me ha seducido figurar como parte activa en institución alguna. Soy enemigo de las responsabilidades y amigo de mirar los toros desde la barrera. Por eso, viniendo al asunto de los deportes, siempre que ocurra alguna «partida» me veréis entre el público que aclama, entre la masa que agota su garganta y rinde los brazos en generosidad de aplausos. Y si así no fuese, ¿por qué mi frenesí, por qué también mi enojo cuando cierta mañana de domingo, santa por su limpieza y por su día, intentóse, con inaudito atropello y usando de medios prohibidos, arrebatársele al equipo rosarista un triunfo positivo en aquel sitio que denominan «Frontón Jai-Alai»? ¿por qué

mi voz es la que mejor sobresale entre las barras que presencián las partidas de «entrenó», señalando defectos que yo no podría explicar y echando palmas a lo que a mi parecer se hace maravilloso? Y si interés no me inspira el «basket», ¿por qué a su campo acudo como espectador a apaciguar la inmensa nostalgia de que llenan mi alma esas interminables tardes de la Quinta de Mutis?

Venga esa noble mano, doctor Rodríguez, y estreche la de este rosarista, fervoroso admirador de los deportes. ¡Atrás calumnias y sinrazones que nada prueban y en nada me perjudican!

Bogotá, julio de 1934.

ALFREDO DELGADO PLAZA

